

# El rostro de Dios en la era digital: ¿Dónde encontrar a Dios en tiempos de IA?

Mg. Jorge Carrero

Unidad Eudista de Espiritualidad

El Salmo 27,9 contiene una expresión profundamente significativa: “Tu rostro, Señor, buscaré”. Con estas palabras, el salmista manifiesta una necesidad infinita de Dios que se revela a través de un clamor sincero por ayuda y guía en medio de la adversidad.

A lo largo del Salmo se percibe una confianza inquebrantable en el Señor a quien el orante reconoce como su luz y su salvación aun cuando lo rodea el temor provocado por la persecución de sus enemigos.

Este mismo clamor resuena en el corazón de la sociedad actual, que también busca en distintos lugares y circunstancias el rostro de Dios. Sin embargo, a diferencia del salmista, la fe contemporánea corre el riesgo de debilitarse, erosionada por la cultura de la inmediatez y la saturación informativa propia de los avances tecnológicos.

En este contexto, surge con fuerza una pregunta fundamental: ¿Dónde podemos encontrar hoy el rostro de Dios? Ese rostro, paradójicamente, se difumina en la rapidez de los algoritmos, aun cuando sigue siendo el único capaz de ofrecer respuestas verdaderas a los múltiples avatares de la vida.

## Una era de nuevas mediaciones

Vivimos en una época en la que la IA media cada vez más nuestras experiencias: conversaciones, decisiones, búsquedas de información, vínculos afectivos, expresiones artísticas y procesos creativos. Esta mediación tecnológica ha generado una especie de crisis de

referencia, en la que incluso categorías fundamentales como la verdad, la belleza o la identidad parecen depender de lo que los algoritmos generan o filtran.

Frente a este panorama, la antropología teológica ofrece un punto de partida esencial: el ser humano ha sido creado por Dios a su imagen y semejanza (Gn 1,26-27). Esta afirmación no es solo un dato revelado, sino una tarea: representar a Dios en el mundo y actuar como él actuaría. Para asumir esta vocación, sin embargo, es imprescindible un encuentro real y transformador con el Dios vivo, fuente de sentido y de verdad.

En este contexto se impone una pregunta urgente: ¿Dónde queda el encuentro con Dios cuando lo humano se vuelve difuso entre lo real y lo simulado? La virtualización de la experiencia corre el riesgo de desplazar la profundidad de lo relacional y espiritual, sustituyendo el rostro del otro —y el rostro de Dios— por interfaces que imitan, pero no encarnan la vida. Sólo reencontrando ese rostro, en medio de una cultura saturada de imágenes y datos, podremos redescubrir lo que significa ser verdaderamente humanos.

Desde la perspectiva de la antropología teológica, el ser humano no es simplemente receptor de mediaciones, sino que, él mismo es mediación de Dios para el mundo. Como ya se ha dicho, creado a imagen y semejanza del Creador, el hombre está llamado a transparentar el rostro de Dios en medio de la historia. Mientras que la IA media sin conciencia, sin amor ni responsabilidad, el ser humano está llamado

a ser mediador libre, consciente y relacional del amor divino en la sociedad. Esta tensión plantea una pregunta decisiva: ¿El ser humano permitirá que la tecnología eclipse su vocación divina, o será capaz de redescubrir, incluso en este contexto digital, la dignidad de ser imagen viva del Dios que se comunica y se entrega?

Al respecto Luis Ladaria ilumina esta interrogante cuando expresa lo siguiente:

El bien y la gracia de Dios, por su designio, nos vienen también a través de los demás. [...] El hombre, en su infidelidad a Dios, no ha aceptado el ser también para los demás canal de la presencia de Dios y de su gracia. Esta mediación social del amor de Dios deja de existir y, al no existir, se convierte en mediación negativa, en obstáculo y ruptura para el desenvolvimiento del ser humano<sup>1</sup>.

Con esto, el autor ofrece una base sólida para reflexionar sobre la vocación del ser humano como mediador del amor de Dios en la sociedad, en contraste con las mediaciones impersonalizadas de la inteligencia artificial. Toda persona, está llamada a ser transparencia de Dios en medio de su existencia. Sin embargo, está en juego un nuevo dilema ético, que interpela no solo a la técnica, sino al corazón mismo del ser humano: ¿qué tipo de humanidad queremos construir cuando cedemos progresivamente el papel de mediadores a sistemas que carecen de rostro, de compasión y de responsabilidad moral? En una cultura marcada por la eficiencia y la automatización, existe el riesgo de que lo humano —en su dimensión espiritual, comunitaria y trascendente— quede relegado o distorsionado.

En este sentido, la mediación humana no es reemplazable. Solo el ser humano, en cuanto criatura amada y llamada a la comunión con Dios, puede ser signo vivo de la gracia. La inteligencia artificial puede ayudar, pero nunca suplir el encuentro personal, el cuidado auténtico ni la presencia que transforma. Por eso,

más que nunca, se necesita una conciencia despierta y una espiritualidad encarnada que asuma la misión de humanizar la técnica desde dentro, y no de tecnificar lo humano desde fuera.

Cerrar los ojos ante esta tensión sería renunciar a la vocación más profunda de cada ser humano. En cambio, reconocer al otro como mediación de Dios y vivir cada vínculo desde esa verdad permitirá, incluso en tiempos de algoritmos, seguir buscando —como el salmista— el rostro del Señor, allí donde aún se revela: en el rostro del prójimo, en la compasión compartida y en la esperanza que no defrauda.

## La espiritualidad como espacio de resistencia

Más que vivir de simples prácticas religiosas en un mundo dominado por la inmediatez, la velocidad y la eficiencia, la espiritualidad cristiana se convierte en un acto contracultural. Ella sitúa al ser humano en un camino que le mueve a volver a sí mismo (interioridad), lo pone en relación con Dios (relacionalidad) y le abre al prójimo (trascendencia). Desde esta perspectiva, el ejercicio de la vida espiritual no pretende rechazar la técnica, sino de discernir sus implicaciones en la vida espiritual y humana, especialmente cuando corre el riesgo de disolver la identidad personal en simulacros sin rostro ni profundidad.

El ser humano está llamado a vivir su vida en constante relación con Dios, es en este ámbito cuando se responde a un llamado muy particular: la divinización. Esta vocación a la divinización no consiste en una exaltación del ego, sino en una comunión con el Dios Trino que transforma sin destruir. *Antiqua et Nova* lo reafirma con claridad: “La persona está llamada ‘a participar, por el conocimiento y el amor, en la vida de Dios’<sup>2</sup>, y es

esta participación la que da sentido a su existencia, más allá de cualquier capacidad técnica o cognitiva.

Frente al riesgo de alienación que genera el paradigma tecnocrático, se vuelve urgente recuperar espacios donde el ser humano pueda encontrarse con el Dios vivo: la oración, el silencio, la contemplación y la comunidad. La IA puede simular funciones cognitivas, pero nunca podrá sustituir la riqueza relacional, encarnada y espiritual del ser humano. Por eso, como bien advierte el documento vaticano, “una correcta concepción de la inteligencia humana [...] implica la apertura de la persona a las cuestiones últimas de la vida”<sup>3</sup> y a su orientación hacia la verdad, el bien y la belleza.

Hablando de espiritualidad, se hace necesario mencionar a Bouyer, quien afirma que la vida espiritual no puede reducirse a una serie de técnicas ni a estados de conciencia manipulables<sup>4</sup>, si esto fuese así, se reduciría la experiencia de fe a meras prácticas y técnicas, pero no se llegaría al nivel de lo relacional profundo, que es lo propio de la vida espiritual. Advierte el autor que “ninguna mística cristiana [...] es digna de este nombre si pretende ser el producto de cualquier procedimiento del que pudiera adueñarse el hombre con una técnica apropiada”<sup>5</sup>. Esto entra en clara tensión con las lógicas actuales de automatización que pretenden incluso emular lo espiritual mediante herramientas tecnológicas.

Entonces, ante los avances tecnológicos, vivir la vida espiritual auténticamente cristiana ya es en sí una forma de resistencia, porque esta consiste en una adhesión a la verdad encarnada en Cristo, que no puede ser manipulada, reducida ni sustituida por ninguna mediación artificial. En palabras de Bouyer: “Toda la vida espiritual de los cristianos se origina y se funda en el hecho de que Dios, nos ha hablado y de que su palabra viviente se ha hecho carne

entre nosotros”<sup>6</sup>. Es decir, la vida espiritual se convierte en un acto de resistencia y renovación social cuando se sostiene en la idea central de reconocer a Dios que se ha revelado al ser humano y que frente a un mundo digital que puede alienar, la oración, el silencio, la contemplación y la comunidad, ayudan a recuperar su poder transformador que tiene la vida espiritual. Se pudiera decir que estas prácticas espirituales son espacios en donde el rostro de Dios se hace presente.

### ¿Qué rostro de Dios busca la humanidad digitalizada?

Hoy más que nunca, el mundo tiene hambre de sentido, de compañía y de presencia auténtica, pero corre el riesgo de buscarlo en sistemas que sólo pueden devolver reflejos impersonales. Aquí aparece el desafío misionero: ofrecer el rostro de un Dios que no responde con datos, sino con amor; que no simula la compasión, sino que sufre con y por el ser humano.

La humanidad digitalizada, inmersa en una era marcada por el poder fascinante y al mismo tiempo temible de la inteligencia artificial, no deja de buscar —aunque a veces de manera inconsciente o desviada— un rostro que le devuelva el sentido, la dignidad y la esperanza.

En su discurso ante el G7 el 14 de junio de 2024, el Papa Francisco recordó que el ser humano es un ser radicalmente abierto al “más allá”, al otro y a Dios, y que es, precisamente, esta apertura lo que da origen a la técnica, a la cultura y a la belleza<sup>7</sup>. Esto significa que, aun en medio de los avances tecnológicos más sofisticados, la humanidad sigue buscando un rostro que no sea meramente funcional o algorítmico, sino relacional, personal y trascendente: el rostro del Dios que crea, que cuida y que llama a la comunión.

Sin embargo, advierte el Papa, corremos el riesgo de que la tecnología, al volverse autónoma

y deshumanizante, oscurezca la percepción de la dignidad humana y distorsione nuestra imagen de Dios. Por eso insiste en que “hablar de tecnología es hablar de lo que significa ser humanos”<sup>8</sup> y que solamente si las herramientas tecnológicas están ordenadas al servicio del ser humano podrán revelar también el mandato recibido de Dios: cultivar y cuidar el mundo y a sus habitantes<sup>9</sup>. En este contexto, la humanidad digitalizada anhela un rostro que no decida por ella, que no la clasifique ni la controle, sino que la mire con misericordia, la reconozca en su singularidad y le devuelva su capacidad de decisión, de amar y de trascender. Ese es el rostro de Dios vivo, no uno simulado por interfaces, sino uno encarnado en la libertad, la verdad y el amor.

La humanidad digitalizada no deja de tener sed de plenitud, pero muchas veces busca en la inteligencia artificial una respuesta rápida y funcional a sus preguntas últimas. *Antiqua et Nova* advierte que esto es una visión reduccionista del ser humano, y que solo una correcta concepción de la inteligencia abierta a las cuestiones últimas de la vida y orientada hacia lo Verdadero y lo Bueno permite al hombre vivir plenamente su vocación<sup>10</sup>. Esta apertura es reflejo de la imagen divina en el ser humano, que no puede agotarse en tareas medibles ni en decisiones algorítmicas, sino que implica la capacidad de contemplar, de amar y de participar en los misterios de Dios.

En este sentido, lo que la humanidad digitalizada busca es un rostro que no se limita a procesar datos, sino que ofrece presencia, sentido y comunión. *Antiqua et Nova* también expresa que solo la inteligencia humana, marcada por la relacionalidad, la interioridad y el amor puede acceder a la verdad plena, y, por tanto, solo en ella puede brillar el verdadero rostro de Dios<sup>11</sup>. Frente al reduccionismo digital, se nos recuerda que “para salvar lo humano hacen falta la poesía y el amor”<sup>12</sup>. Y ese amor personal, en-

carñado y gratuito es justamente el rostro de Dios que la tecnología no puede simular, pero que el hombre, creado a su imagen, puede reflejar.

## Conclusión

La tecnología no es enemiga de la fe, pero sí exige una profunda sabiduría del corazón<sup>13</sup>. Dios sigue hablándonos, pero ahora también en medio de un nuevo desierto: el de lo digital. Y como en todo desierto, sólo la escucha, el silencio y el fuego del Espíritu nos conducen a la tierra prometida. El rostro de Dios se deja encontrar no en los algoritmos, sino en el rostro del otro, en la fragilidad del pan partido, en la sabiduría que no se puede simular, en el amor que no puede ser automatizado.

En medio de los desafíos que impone la era digital, la búsqueda del rostro de Dios no ha perdido vigencia; al contrario, se ha vuelto más urgente y necesaria. Esta búsqueda no se satisface con respuestas instantáneas ni simulaciones tecnológicas, sino que requiere un regreso a la interioridad, a la comunión viva con Dios y al encuentro real con el prójimo. La inteligencia artificial puede contribuir al bienestar humano cuando está al servicio del bien común, pero jamás podrá sustituir el vínculo profundo que define al ser humano como imagen de Dios. En esta tensión, la espiritualidad cristiana emerge como un camino de discernimiento y resistencia, una afirmación profética de la verdad encarnada frente a los espejismos de la técnica.

Por eso, hablar del rostro de Dios en la era digital no es sólo una metáfora espiritual, sino una clave antropológica y ética. Es reconocer que el ser humano está llamado a transparentar ese rostro en su libertad, su capacidad de amar, su vocación a la comunión y su apertura al misterio. Frente al pa-

radigma tecnocrático, urge una espiritualidad encarnada que devuelva al ser humano la centralidad perdida y le recuerde que su destino no es la automatización, sino la divinización. Solo así, incluso en tiempos de algoritmos, podremos seguir orando con el salmista: “Tu rostro, Señor, buscaré”, y encontrarlo allí donde aún se revela: en el silencio, en la comunidad, en la compasión compartida y en la belleza que brota del amor.

## Notas

<sup>1</sup> Ladaria, 119.

<sup>2</sup> Antiqua et Nova, n. 19

<sup>3</sup> *Ibid.*, 29.

<sup>4</sup> Cf. Bouyer, 350.

<sup>5</sup> Bouyer, 351.

<sup>6</sup> Bouyer, 29.

<sup>7</sup> Cf. Francisco, discurso ante el G7, el 14 de junio 2024

<sup>8</sup> *Ibidem.*

<sup>9</sup> *Ibidem.*

<sup>10</sup> Antiqua et nova, 29

<sup>11</sup> *Ibid.*, 119.

<sup>12</sup> *Ibid.*, 27.

<sup>13</sup> Cf. *Ibid.*, 5

## Bibliografía

- Biblia de Jerusalén. Texto oficial de la Escuela Bíblica de Jerusalén. Edición revisada y aumentada. Bilbao: Desclée de Brouwer, 2009.
- Bouyer, Louis. Introducción a la vida espiritual: Teología de la vida interior. Traducido por Francisco Martínez García. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1960.

- Francisco. Discurso del Santo Padre Francisco en la sesión del G7 sobre Inteligencia Artificial, Borgo Egnazia, Italia, 14 de junio de 2024. Ciudad del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2024. <https://www.vatican.va/content/francesco/es/events/event.dir.html/content/vaticanevents/es/2024/6/14/g7-borgo-egnazia.html>.
- Ladaria, Luis F. Introducción a la antropología teológica. Estella (Navarra): Editorial Verbo Divino, 1993.
- Santa Sede. Antiqua et Nova: Una mirada sobre la inteligencia artificial desde la fe cristiana. Ciudad del Vaticano: Dicasterio para la Cultura y la Educación, 2023.